

Edgardo Rodríguez Juliá  
Escritor puertorriqueño

Hemingway advertía que el escritor no debe realizar su ambición literaria uniéndose a la Academia. Para Hemingway la Universidad es la manera segura de entorpecer el desarrollo de una vocación literaria. Quizás podríamos decir lo mismo del periodismo, que fue la vocación inicial de este gigante literario del Siglo XX. Pero ello no sería del todo justo, porque el periodismo tiene supuestamente la bendición de hacer más conciso y económico el estilo de cualquier escritor. El periodismo es beneficioso para el estilo, como también nos aseguraba Chejov. La Universidad, en cambio, contamina al escritor con eso que llamamos teoría literaria. La Universidad daña *el oficio* según Hemingway, lo deforma al mediatizarlo, como también ha señalado Gore Vidal, con esas elucubraciones teóricas que más tienen que ver con la carrera académica que con el ejercicio de la escritura. Además, la Universidad siempre representa la ocasión idónea para que el escritor -quien es un fabulista plantado en la observación- se convierta en eso que los europeos llaman "hombre de letras", o intelectual, en todo caso alguien más empeñado en la explicación de ideas o generación de opiniones que en la certera observación de esa pequeña o gran anécdota que es como una revelación, epifanía de nuestra conflictiva humanidad. Ello aseverado así con algo de temblor y duda, porque a veces ocurre el milagro: Roland Barthes, el gran pontífice del postestructuralismo literario, al final de su malograda carrera literaria se convirtió en un gran escritor, cuyos libros estarían más transidos por lo que él llamaba "el placer del texto" que por los rigores de su propia teoría literaria.

En una sociedad como la nuestra, con una tradición literaria que apenas alcanza la madurez, con un oficio literario cercano al periodismo por realidad histórica y social, este asunto se vuelve aún más complejo. Ante la ausencia de revistas, grandes casas editoras y periódicos que entiendan la función del escritor como algo más que una máquina generadora de opiniones, la Universidad tiende a convertirse necesariamente en ciudad letrada, ámbito propicio para el cultivo de la vocación literaria. En Latinoamérica han sido muy pocos los escritores que han vivido de su oficio. Muchos se han refugiado en el periodismo, otros se han empleado en las universidades, preferiblemente las norteamericanas. El problema, sin embargo, sigue planteado: ¿cómo salvaguardar la vocación literaria de los rigores de la teoría o la explicación historicista del texto literario? Aunque quizás esa dicotomía resulte falsa en una sociedad como la nuestra, justo una sociedad donde el escritor, una y otra vez, se ha identificado con el periodismo y hasta con las funciones del intelectual, ello por el papel *cívico*, y hasta político, que nuestras circunstancias le han impuesto.

A mediados de los años sesenta la Universidad era, sin duda, una ciudad letrada, lugar de escritores donde la estadía y memoria de éstos era evocación necesaria. Aunque la vocación de algunos escritores de la generación de los treinta fuera algo tangencial a la Universidad -pienso en Emilio S. Belaval y Tomás Blanco- otros estuvieron profesionalmente identificados con la misma. Desde principios del Siglo XX la Universidad de Puerto Rico fue recinto letrado, pero también objeto de ficción.

En 1935 Emilio S. Belaval publicó *Los cuentos de la Universidad* y estableció un particular territorio para la descripción de los modos y maneras del puertorriqueño que en aquel entonces ambicionaba educarse a nivel superior. Si en *La Llamada* del año 1934 aparece un Juan Antonio Borrás graduado de agronomía del Colegio de Mayagüez, y así tendría que enfrentarse a la realidad social del agro con sus gravidades, tales como los conflictos laborales y la miseria, en estos cuentos de Belaval aparece el prototipo del señorito puertorriqueño, el *petimetre* o *flan*, un

ser verdaderamente fantoche y caricaturesco, quizás la primera representación de un machismo agrario en crisis. Su ambición es la de conquistar un mundo más ancho, menos pueblerino, donde el apodo de Toño se cambia por el de Tony y el café viene a sustituir al cafetín, donde el saxofón del jazz age se identifica con la seducción de hembras nada melindrosas, que prefieren los tipos atléticos y militaroides a los señoritos con vocación literaria de juegos florales. Emilio S. Belaval retrata una especie de criolla *jazz age* universitaria, donde los flanes y los petimetres se vanaglorian más de la destreza de hacerse el lazo de la corbata —vigilantes siempre también al largo de la chaqueta y el ancho de los ruedos— que de las disciplinas del intelecto y las exigencias de la patria. Fue justo a esa juventud que Antonio S. Pedreira se dirigió en su *Insularismo*. Fueron esos hospedajes los que Enrique Laguerre retrató nuevamente en la novela *El treinta de febrero*, publicada en 1941. Pedro Albizu Campos siempre despreció esa juventud universitaria, y a veces en su oratoria el mote *petimetre* se transformaba en *afeminado*.

Cuando entré a la Universidad de Puerto Rico en 1964 mis maestros —algunos como Enrique Laguerre y Margot Arce, pertenecientes a la generación literaria de los años treinta— habían conocido aquella universidad descrita por Belaval. Sin duda serían los más concientizados y aplicados en aquel recinto ríopedrense que, tal como lo describe Belaval, era más un lugar de pretensión social y emparejamiento que de ambición intelectual. De todos modos, a pesar de la huelga universitaria de 1948, con su inspiración albizuista, y las reformas realizadas por el entonces joven rector Jaime Benítez, aquí y allá podíamos entrever rastros de aquella Universidad despreocupada y casquivana. Esta vez la frivolidad grotesca sería sustituida por la ambición de la Casa de Estudios. Ahora bien, de algún modo siniestro, lo que fue Universidad de *señoritos* durante los años veinte, treinta y cuarenta, ahora se había transformado en Universidad de *blanquitos* fraternos y sororitas. Sin percatarse la Universidad iba camino a una democratización y un populismo acelerado. Cuando entré en 1964 aún tenía la ilusión de ser una auténtica ciudad letrada, elitista y excluyente.

No sería difícil reconocer en nuestro rector de aquel entonces. Don Jaime Benítez, algo de aquellas maneras algo extravagantes descritas por Belaval. A pesar de su innegable inteligencia, profundidad y obra extraordinarias, Don Jaime representaría para el pueblo puertorriqueño algo así como el intelectual emblemático y a la vez extraño: cuidaba de su apariencia y continente - ¡los gestos de Don Jaime, aquella gesticulación!- como los flanes de Belaval cuidaban los ruedos de sus pantalones, había algo estrafalario y excéntrico en aquel hombre. Su Casa de Estudios estaba repleta de pretensión occidentalista en una sociedad abocada a la transformación, apenas salida del cañaveral y el monocultivo. Como en tantos personajes de los cuentos de Belaval, el ámbito universitario, la ciudad letrada, sería tránsito hacia la ambición de un mundo más ancho, menos provinciano, donde lo criollo no fuera sinónimo de provincianismo.

Sería injusto señalar que esa Universidad de la Casa de Estudios fue una mera variante de la que caricaturizó Belaval. Aún así resulta curioso: en algunos cuentos de Belaval hay un notable *hembrismo* que ya insinúa el futuro protagonismo de la mujer en nuestra vida universitaria. Lo que en Belaval es hembrismo tres décadas más adelante sería feminismo. Lo dramático es cómo en Belaval la Universidad resulta una manera de atenuar el machismo rústico de la *criollidad*. La figura que fue surgiendo sería la de ese *petimetre* tan despreciado por Albizu Campos, una especie de *dandy* o diletante del conocimiento. Aquella Universidad sería, precisamente, la gestora de nuevos prototipos para una sociedad puertorriqueña en transformación. En esas circunstancias una sociedad sin grandes tradiciones intelectuales, académicas o literarias, trataría de convertir su Universidad en ciudad letrada. Parte de su posible validación, la superación de su función elemental como creadora de nuevos protagonistas sociales, sería concebirse, ella misma, como ciudad de las letras. Para Don Jaime Benítez la Universidad sería agente de cambio social y

depósito de una ambición humanística y literaria. Ciudad dentro de la otra ciudad, el recinto sería reducción del proyecto social y a la vez aspiración de esa ciudad utópica que siempre es el conocimiento.

Y parte de la validación de esa Casa de Estudios sería convertirse en *hospedaje* de escritores. Menciono el hospedaje porque esa palabra contiene tiernas resonancias universitarias que Luis Rafael Sánchez exploró en su lección magistral del centenario de la Universidad. Belaval habla de *hospedería* y no de hospedajes; eso resulta significativo, porque, por lo visto, esta institución del caserío universitario creció con la misma Universidad. Don Jaime Benítez entendió la Universidad como el lugar donde se alojaría, por una temporada, el viajero o el escritor exiliado. La Universidad sería también casa de huéspedes para escritores. Cuando entré a la Universidad la estadía de muchos de ellos era parte del necesario carisma de la Universidad, de su veracidad como sitio de creación y pensamiento.

La vivencia que tuve de aquellos escritores estaba decisivamente marcada por la memoria, los recuerdos. Entonces el recinto se me convertía en anecdotario de escritores. Se me contaba de cómo Ciro Alegría sostuvo amoríos con una discípula puertorriqueña de apellido campanudo y familia universitaria. Otros profesores me contaban de las manías de Juan Ramón Jiménez, de su disposición a ser, lo mismo que Don Federico de Onís, el celtíbero cascarrabias por excelencia. De cómo el autor de *Platero y yo* adivinaba, por el sonido de los zapatos de cocodrilo, que alguien conocido se acercaba. El poeta vivía su hiperestesia siempre alerta e irritada, lo traía por la calle de la amargura la manía puertorriqueña de cambiar, en las presentaciones y actos protocolarios, nombres, apellidos y títulos de libros. El poeta y sociólogo Charles Rosario, mi mentor y amigo, me contaba de cómo Jorge Guillén una vez le aseguró que muchos de sus versos sólo eran entendidos por él y Dios, y que con el tiempo sólo Dios sería capaz de entenderlos. También se hablaba mucho de Pedro Salinas y Francisco Ayala. Del último había opiniones encontradas, del primero se hablaba con una particular reverencia.

En el libro que conmemora su centenario Pedro Salinas aparece fotografiado en el claustro del cuadrángulo, las galerías con arcos le sirven de trasfondo a un hombre impecablemente vestido de blanco y que luce un sombrero panamá. Son fotos tomadas entre 1943 y 1946, marcadamente testimoniales, la intención obvia era señalar la presencia entre nosotros del gran poeta de *El Contemplado*. En aquella época la ciudad letrada y universitaria sería lugar de convocatoria para escritores españoles en el exilio, los bustos que hoy adornan el claustro sur de nuestro cuadrángulo, al lado del Registrador, testimonian esa propuesta tan benitista, la de acoger en nuestro recinto escritores en fuga del franquismo y la intolerancia. Al lado del busto de nuestro Palés Matos, aparecen Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas. En fotos de esta época aparece el poeta, galardonado con el Nobel de 1956, paseando estas galerías del cuadrángulo diseñado por Rafael Carmoega según el estilo “spanish revival”.

También durante esta época de mediados de siglo pasado nos visitó Juan Bosch, quien huía del trujillato y alentó el talento de un precoz escritor llamado José Luis González. En los años cincuenta nos visitó el poeta lituano y futuro Premio Nóbel de Literatura Czeslaw Milosz; la Editorial Universitaria le publicaría su libro *El pensamiento cautivo*, sobre el totalitarismo en los países bajo dominio soviético. De su estadía en la Universidad no recuerdo muchas anécdotas, lo mismo ocurre con la presencia entre nosotros de otro Premio Nobel, Saul Bellow. Era la ciudad letrada sitio de escritores perseguidos, viajeros, poco conocidos.

Existe esta fotografía de 1957, incluida originalmente en el opúsculo de Don Federico de Onís sobre Palés Matos, donde nuestro máximo poeta saluda, junto a Evaristo Ribera Chevremont, en lo que claramente es una visita de cortesía, a Juan Ramón Jiménez. Don Jaime Benítez observa complacido el encuentro. Palés Matos luce como siempre, un poco etílico y nada atildado, no se ha quitado las gafas oscuras, luce una incógrua combinación de corbata,

camisa y gabán. Es el poeta local que visita al escritor de fama continental y mundial, el provinciano rindiéndole pleitesías al Premio Nóbel de Literatura. Don Evaristo Ribera Chevremont luce, en cambio, perfectamente vestido con su gabán cruzado y su lazo de pajarita, severo y a la vez cordial en la mirada que le dirige a Juan Ramón Jiménez en el momento que este le extiende la mano a Palés Matos quien tiene la pinta, como diría Ortega y Gasset, del *hombre* criollo. Ribera Chevremont parece todo un gran *señor* de la época, quizás trasunto, ya en vías de extinción, de aquellos señoritos que nos describió Belaval.

A fines de los cuarenta y principios de los cincuenta ya se vislumbraba cierta tensión entre el occidentalismo de Don Jaime Benítez y aquellos intelectuales que, formados en las inquietudes nacionalistas de los años treinta, replantearon el tema de la identidad, de una literatura nacional, antillana, algunas veces neocriolla, lo que hoy llamaríamos literatura *caribeña*. Enrique Laguerre, Francisco Manrique Cabrera, Doña Margot Arce, Luis Hernández Aquino, José Emilio González, son sólo algunos escritores importantes de aquella generación universitaria que miraba con algo de recelo el eurocentrismo de Jaime Benítez.

Ahora bien, como sucede en cualquier sociedad provinciana, los puntos de contacto humano e intelectual resultan inevitables y a veces contradictorios: Jaime Benítez fue el prologuista de la segunda edición del *Tún Tún de pasa y grifería*, publicada en 1950, a la vez que se distanciaba de la obsesión de muchos escritores puertorriqueños con el llamado “problema de la identidad”. Margot Arce logró su prestigio crítico estudiando a un poeta español del Siglo XVI, Garcilaso de la Vega. Me resultaba curioso que su exegesis de la poesía de Palés Matos, ya a nivel de curso universitario, fuese relativamente tardía. Doña Margot había estudiado la poesía de Palés desde los años treinta, era ahora que finalmente se aventuraba a una visión panorámica del más grande poeta de su generación. Aquella disciplina, aquella paciencia en la decantación del conocimiento, fue sólo una de las grandes lecciones de aquel curso en que me sentí afortunado. Era fascinante ver cómo Palés Matos se convertía en clásico para ella y para nosotros, cómo su aguda mirada crítica exaltaba lo que hasta entonces era comprensible familiaridad. El curso se regustaba todavía más por esa complicidad de la ciudad letrada que a veces resulta en insinuaciones pueblerinas: En una ocasión Doña Margot se atrevió a contarnos la intrahistoria de los amoríos de Palés Matos con la fugada Filí Melé, que en aquel entonces era profesora de la Facultad de Estudios Generales. Mencionaba el milagro, pero no los santos, o la santa en este caso. El regocijo con que contaba aquella anécdota convertía el chisme literario en lujo de la ciudad letrada, buen ejemplo de cómo la familiaridad no siempre engendra desprecio, o indiferencia. Ya cercano a mi graduación un grupo de estudiantes invitamos a Juan Antonio Corretjer a que nos ofreciera una conferencia en la Universidad. Nos resultó imposible conseguir, entre los profesores que vivieron las persecuciones al nacionalismo durante los años treinta y cincuenta, alguien que presentara al poeta nacional, buen ejemplo de cómo las generaciones más jóvenes enfrentan, con algo de inocencia, los traumas de los mayores. Ello a pesar de que Francisco Matos Paoli, poeta encarcelado injustamente durante la revuelta nacionalista de 1950, ya hacia el segundo lustro de esa misma década había sido nombrado, por el entonces rector Jaime Benítez, “poeta residente” de la Universidad de Puerto Rico.

En los años sesenta todavía estaba fresco el recuerdo de Eugenio Fernández Granell, un pintor español de la capilla surrealista que llegó a Puerto Rico como profesor del recién establecido Departamento de Bellas Artes. Fernández Granell convocó a la juventud artística y literaria al llamado Mirador Azul, que la leyenda sitúa en los altos de la Galería Pintadera, casi frente al Auxilio Mutuo. Roberto “El Boquío” Alberty, Ernesto Ruiz de la Mata, Frances del Valle y José María Lima encontraron en aquel mentor un “medium” para ampliar los horizontes de la ciudad letrada. Era un excéntrico grupo con algo de vocación eurocéntrica, pero sin el occidentalismo a ultranza de Don Jaime Benítez. Se consideraban vanguardistas en una sociedad

todavía rural y apenas urbana. El grupo original se fue dispersando y quedó Roberto Alberty como figura central de ese lugar tan riopedrense que es la esquina del Restaurante La Torre: Ponce de León con Gándara sería el sitio de enfrentamientos callejeros entre la policía y el estudiantado de mediados de los sesenta, también el lugar del ensueño, donde aquella presencia espiritual que fue El Boquío hizo evolucionar el cosmopolitismo surrealista del español Granell hacia el compromiso político y la bohemia consecuente, convirtiéndose ya luego La Torre en cafetín literario donde Ángela María Dávila y el Che Meléndez cumplirían su jornada poética. De esta misma época debemos destacar la Revista Guajana, de nacimiento y desarrollo universitario, con importantes maestros y fundadores como Hugo Margenat, Juan Sáez Burgos, Andrés Castro Ríos, Wenceslao Serra Deliz.

Aquel grupo del Mirador Azul, y más delante de La Torre, fue la ciudad letrada que por momentos no coincidía con la ciudad universitaria, ello a causa de su fiera disposición bohemia y alergia a los títulos universitarios. Aquellos escritores —casi todos poetas— eran demasiado callejeros para ser admitidos, o ellos estar interesados, en la Academia. Eran realengos sin ser satos, pues pertenecían a la mayor nobleza del espíritu, a la de la poesía y la imaginación. Alberty, sobre todo, era un espíritu universal desde aquella esquina de Gándara con Ponce de León. Su cosmopolitismo no estaba reñido con un universalismo firmemente plantado en la puertorriqueñidad. La ciudad universitaria admitía aquella ciudad letrada como respuesta alterna a sus propias ambiciones.

La generación de escritores de los años cincuenta tuvo una relación alterna y esporádica con la ciudad universitaria. La ciudad letrada por ellos constituida se mudaría al recinto murado de San Juan, formándose en torno a la División de Educación de la Comunidad. El Bar Seda sería el lugar de reunión de estos escritores, casi todos ellos narradores. La ciudad letrada, lo mismo que en los años veinte y treinta, cuando la tertulia de La Mallorquina fue iniciación literaria de Luis Palés Matos, regresaba al Viejo San Juan. De nuevo la trashumante y flotante ciudad letrada desplazaría su ámbito de la academia a la bohemia. El contacto con la realidad social —que fue uno de los nortes de aquella generación— no sólo fue tema de las películas y publicaciones de la División de Educación de la Comunidad, inspirada por el socialismo algo utópico de Luis Muñoz Marín. También estaba allí, a la salida del Bar Seda, la cercanía de la barriada, La Perla siendo el mejor emblema para aquella generación de *La carreta*, de la transformación del país agrícola en industrial, de una literatura de la tierra que se convertiría en literatura de la calle.

René Marqués, Pedro Juan Soto, José Luis Vivas Maldonado, Emilio Díaz Valcárcel, Edwin Figueroa, formarían aquella generación ansiosa por describir el Puerto Rico nuevo, urbano y suburbano, migratorio, el de las transformaciones acontecidas bajo los primeros veinte años del mandato del Partido Popular y Luis Muñoz Marín. De todos esos escritores de la generación del cincuenta sólo identifico a Edwin Figueroa como inicialmente universitario. Los otros llegaron a la ciudad universitaria hacia fines de los sesenta y principios de los setenta. De Edwin Figueroa puedo decir que, aparte de la admiración que siempre sentí por su obra, me sorprendió cuando montó en la Plaza del Mercado de Río Piedras un puesto de plantas y hortalizas. Era como un desplazamiento insólito de la ciudad letrada, donde ya el destino alterno no era la bohemia sino el encuentro con lo popular. Pedro Juan Soto, Emilio Díaz Valcárcel y José Luis Vivas Maldonado fueron mis colegas en la Universidad de Puerto Rico. Vivas Maldonado fue mi mentor y Pedro Juan Soto riguroso maestro en imprescindibles aspectos del oficio literario. A ellos les tengo un especial agradecimiento, aunque la figura de Edwin Figueroa en la Plaza del Mercado de Río Piedras me pareciera un desvío justo y necesario para conservar aquello que según Hemingway peligraba en la academia, es decir, la capacidad para la experiencia y la observación.

A fines de la década de los años sesenta nos visitó el entonces joven escritor Mario Vargas Llosa. Terminaba la composición de su obra *Conversación en la Catedral* y dictó un curso sobre la novela que fue decisivo en la vocación literaria de Rosario Ferré y Olga Nolla.

Hacia la segunda mitad de los años setenta, cuando la generación literaria a la que pertenezco había publicado algunos títulos primerizos, surgió de la ciudad letrada universitaria una figura que, algo solitaria en su generación intermedia, vendría a completar la ruta de la generación anterior. Recuerdo cómo siendo estudiante universitario leí *En cuerpo de camisa* y cómo siendo un joven escritor, con mi obra literaria ya en marcha, fui parte de la comunidad universitaria que testimonió el lanzamiento de *La guaracha del macho Camacho*. En lo tocante a lo esperpéntico de la obra, ahora pienso que el personaje de Bengie fue un descendiente algo lumpen de los petimetres de Belaval. En aquel entonces yo vivía en el mismo edificio que Luis Rafael, el condominio Green Village de la Ave. De Diego en Río Piedras, y a mis treinta años pude comentarle al escritor y profesor universitario de cuarenta, entonces consagrándose, aquella obra que nos obligaba a una nueva mirada de la realidad puertorriqueña. Mis comentarios no estaban exentos de algún atrevimiento, recuerdo haberle señalado que el venerado auto de Bengie tenía que ser un B.M.W. y no un Ferrari, quizás la distancia entre el realismo y lo caricaturesco. Fue fascinante ver aquella aparición, sobre todo porque el éxito continental del libro a nivel crítico reivindicaba la posibilidad de una escritura que siendo puertorriqueña, antillana y caribeña, tuviera resonancias universales. Doña Margot Arce se convirtió en la principal defensora de aquella obra que abriría posibilidades para la literatura venidera. Era como si se hubiese cumplido la profecía caribeñista que el occidentalismo promulgado por Don Jaime Benítez recelaba.

Coincidiendo en aquellos años, ya algo lejanos, con este acontecimiento literario de *La guaracha*, José Luis González regresa a Puerto Rico en 1973 y establece un estado urgente de polémica con su crítica del marxismo al uso. Muchas de aquellas ideas, luego explicadas en *Conversaciones con Arcadio Díaz Quiñones* y *El país de cuatro pisos*, fueron planteadas inicialmente en una tertulia que José Luis animaba y presidía en el Centro de la Facultad del Recinto de Río Piedras. En aquella tertulia recuerdo a Enrique Bird Piñero, José Luis Méndez, ocasionalmente nos visitaban el poeta Jorge Luis Morales, Charles Rosario y Belén Barbosa. Yo era el joven profesor en residencia. Eso sí, pude testimoniar cómo la ciudad universitaria y letrada, al recibir a su exiliado más mítico y soñado, fue reduciéndolo a figura vulnerable, ya no intocable y lejana, un poco admitiéndolo a regañadientes, entre la hospitalidad y un loco resentimiento. Me gustaba decirle a José Luis que tan pronto lo vieron cruzar frente al Burger King, en la intersección de Gándara con Ponce de León, su carisma cobró dimensiones mortales. Quizás el recelo fue porque José Luis admitía, en su compleja personalidad, la pretensión del Obispo literario en visita pastoral cada cierto tiempo. Fue mi mentor y el maestro de nuestra ahora tan sonada *caribeñidad*, para muchos fue un pontífice que siendo crítico del marxismo continuaba siendo igualmente dogmático. Resulta interesante esta variante de la ciudad letrada, porque aquí se trata de alguien que visitándola de vez en cuando sabe imponer su carisma y sembrar sus ideas. En Puerto Rico la ciudad letrada puede ser episódica, algo fantasmagórica y hagiográfica.

Mi generación ha sido predominantemente universitaria. Ana Lydia Vega, Edgardo Sanabria Santaliz, Olga Nolla, Tomás López Ramírez, Juan Antonio Ramos, Magali García Ramis, todos ellos han sido profesores universitarios. Fuimos los hijos de la transformación social bajo el Partido Popular Democrático, necesariamente estábamos abocados a una formación universitaria. Nuestro ámbito literario -y a pesar del enclaustramiento universitario- se ensanchó hacia lo urbano y lo suburbano, lo marginal y lo popular, alcanzando los atributos de una literatura caribeña hecha del trasiego migratorio, lo mismo al norte -territorio ya explorado por la generación de los cuarenta que horizontalmente, desde y hacia las otras Antillas. Nos



formamos durante los años en que la ciudad letrada no universitaria -me refiero al Ateneo Puertorriqueño, el Instituto de Cultura Puertorriqueña, la Revista Asomante- entró en crisis. Fuimos leales, sin embargo, a ese afán de las pequeñas revistas literarias, siempre algo elitistas, que mejor se representa con publicaciones como *Sin Nombre* y *Zona de Carga y Descarga*. Esa ampliación de la ciudad letrada vio el nacimiento de la *Revista Avance*, un esfuerzo por llevar al lector medio puertorriqueño una revista de opinión que trascendiera el ámbito académico y universitario. El fracaso de esa revista fue indicador de cómo la vida intelectual y literaria del país difícilmente puede desligarse de sus centros institucionales acostumbrados, de cómo la ciudad letrada es casi siempre un barrio de la ciudad universitaria.

Las generaciones más recientes de escritores también han encontrado en la Universidad de Puerto Rico su natural terreno de germinación. Si para ellos una figura como la de Antonio S. Pedreira pertenece propiamente a la historia literaria de nuestro país -ese no fue el caso mío justo porque estudié bajo la tutela de sus compañeros y condiscípulos- la Universidad de Puerto Rico sigue siendo ese sitio idóneo para ensanchar miras pueblerinas y cultivar la ambición literaria. Si bien es cierto que Luis Rafael Sánchez ha sido el más distinguido escritor en ganar el Concurso Literario del Curso de Español Básico, Pedro Cabiya, también conocido como Diego Deni, lo ganó a principios de la década de los noventa y con ese galardón estableció su importante presencia literaria. Las pequeñas revistas, el surgimiento de la poesía “underground” en San Juan y Río Piedras, son fenómenos que testimonian la vitalidad de la ciudad letrada intra y extramuros.

También está ese fenómeno bastante reconocible, lo que llamo el escritor post-doctoral, alguien que completados sus grados, y ante la mismidad de la docencia, se aventura hacia la creación literaria: conozco algunos casos felices, como el de Arturo Echavarría en su novela *Como el aire de abril*; siempre he añorado esta variante del escritor universitario, vocación que alcanza la escritura más por afición tardía que por ambición juvenil. Recuerdo uno de estos escritores, alguien que con los años comencé a apreciar y que Don Jaime Benítez siempre tuvo en su mirilla burlona. No era un gran profesor, tampoco pienso que siquiera fuera un buen escritor. Gustaba de imitar las “nivolas” de Miguel de Unamuno y cada producción suya gravitaba fatalmente hacia aquella colección de malas novelas que enorgullecía a Don Jaime Benítez. Pero hay algo de aquel escritor que siempre he apreciado, hasta secretamente deseado: no sé si era su ingenua vanidad o su disciplinada locura, la de creerse legible o sospecharse genial. Pero sí considero que mi aprecio por su obra era, más que nada, la de ese orgullo en saberse profesor y escritor, asumir aquellos títulos no como oficios contradictorios y mutuamente dañinos sino como vocaciones paralelas y satisfactorias. Aunque, pensándolo bien, sí, quizás enteramente conflictivas, y ello porque sospecho que los escritores universitarios algunas veces presentimos, y con razón, que *la vida está en otra parte*, que ser universitario, en la enclaustrada y protegida ciudad letrada, es un poco saltarnos la experiencia necesaria para escribir. La bohemia etílica, la marginalidad droga, la calle y los placeres del bulevar, la idea del *flâneur* ciudadano, en busca de la experiencia para escribir, en mí son apetencias antiguas.

La actual vida universitaria ha sido recientemente novelada en la obra de Carmen Lugo Filippi titulada *Narromaniando con Mirta*. Es un libro que persigue su culminación en las dos historias de Paula, una profesora universitaria obviamente formada en los años cuando yo comenzaba mi carrera literaria. Hay dos versiones de la historia de Paula: en una le resulta infiel al también profesor universitario Andrés con un hombre más joven que ella. En la otra le resulta infiel con una mujer. La versión catastrófica sería que le hubiese resultado infiel con una mujer mucho más joven que ella.

De aquellos personajes masculinos extravertidos, transformados en petimetres o dandys con pretensiones intelectuales, hemos pasado a esos profesores ensimismados, carreristas y

hoscas, que ahora provocan la infidelidad en mujeres finalmente liberadas. De la hembrista y despreocupada Beti de Tony, el personaje de Belaval que dejó el Antonio y el Toño en el cafetín del pueblo y se integró al Jazz Age de la losa universitaria, pasamos a estas mujeres neurasténicas e insatisfechas. Del hembrismo despreocupado de las muchachas que ambicionaban salir de la casa de sus padres, quizás lograr un empleo como secretarias o integrarse al magisterio, pasamos aquí a un bovarysismo peligroso por lastimado y resentido. La ciudad universitaria da testimonio de un arriesgado rencor, porque en esta novela ocurre que el mejor de los mundos posibles, la ciudad letrada que nos prometió el solaz de la cultura y el consuelo del conocimiento, de pronto se vuelve una estentórea garata a la manera de *Who's afraid of Virginia Woolf*. Toda ciudad está hecha de parejas, y si hacemos el recorrido desde los *Cuentos de la Universidad* hasta *Narromaniando con Mirta*, encontramos que ambas ciudades, tanto la letrada como la universitaria, se han vuelto histéricas y autodestructivas.

Y al final creo saber lo que siempre añoré en ese escritor universitario que fue víctima de la mordacidad de Don Jaime. No conocía los aspectos íntimos de su vida, aunque, en el mejor de los casos, siempre la concebí apacible y tranquila, dedicada al método de los libros, que es el hábito de la lectura y la pasión por la escritura. Siempre concebí a ese escritor como viudo, soltero o simplemente solitario, dado a paseos vespertinos y meditaciones crepusculares. Alguien, quizás, como Antonio Machado, un alma, sobre todo, habitada por la ciudad letrada, prefiriéndola a la bohemia o la tertulia, los periódicos o los ateneos, prefiriéndola a las aventuras en tierras exóticas o los dramas de alcoba, prefiriéndola al salón de clase, las reuniones departamentales o los encuentros en los pasillos, una imaginación gozosa, ajena a la duda o al tormento. Posiblemente ese escritor no exista. Y si existe sería objeto de la burla de alguien. De todos modos, su dulce melancolía, su íntimo fracaso, es la música de un sitio bonancible, solitario, nada ambicioso.

En Guaynabo,  
a 4 de abril de 2004